

# Un breve escape al urbanismo del súper-pretexto

por Oscar Oliver Didier

**E**n el mismo momento en que la joven holandesa me pide el pasaje de abordar, me pregunta: “¿viaja a su destino por negocio, o por ocio?”. Le contesto que por ninguna, que voy a investigar, con un grupo de estudiantes, el urbanismo de la ciudad en discusión. Por consecuencia, cambia su tono agradable, pero artificial, por uno inquisidor y directo: “No entiendo, si fuera así, estaría yendo a París o a Roma. Por favor, pase a la derecha para inspeccionar su maleta.”

Es que iba en dirección para los Emiratos Árabes Unidos, específicamente a la ciudad de Dubai. El incomodo de la señorita, además de ser producto de la reciente controversia de la compra de puertos americanos por inversionistas provenientes de esta ciudad-emirato, es fruto de la dislocación del arquitecto y el urbanista con el discurso de estos nuevos territorios expansivos y altamente capitalizados.

Un año más tarde, estoy preparándome para llevar a cabo otro viaje con la Universidad. Esta vez no tan lejos, pero tal vez igual de controversial. Me detiene un estudiante y con escrúpulo me pregunta: “¿Para qué ustedes van allá? No sé, suena aburrido. Imagínate, ¡si hasta mi tía está por allá! ¿Por qué no van, en vez, a Barcelona?”

En esta ocasión partíamos a Orlando. De repente nos sentimos como Robert Venturi hace más de treinta años cuando, para sorpresa de todos sus colegas, insistió, en que había algo que aprender de Las Vegas. La historia se repite, y tan inmersos nos encontramos en nuestros propios credos auto-impuestos que descartamos cualquier tema que suene a cotidiano. Para el arquitecto, cualquier condición común es un ente foráneo para su cuerpo de valores estéticos y esterilizados.

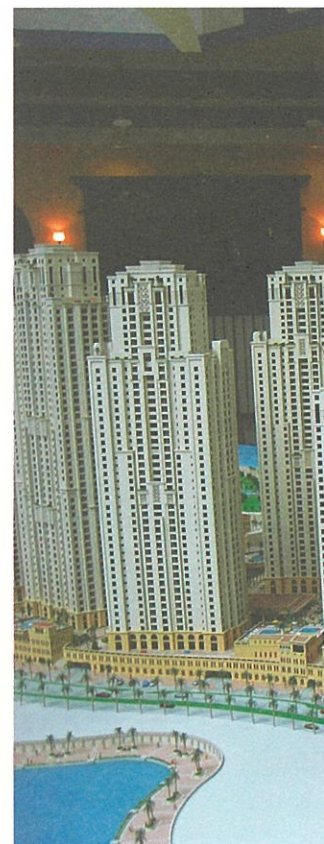
Constantemente queremos evitar lo cotidiano y por eso vivimos en un continuo estado de escape. Nuestras vidas son interrumpidas con frecuencia por traslados temporeros de lo habitual, ya sean físicos, o imaginados. Escapamos al campo, a la ciudad, al centro comercial o a la playa. Sin embargo, la mayoría de las veces lo hacemos por medio del deseo. Siempre estamos imaginando lo que no somos o tenemos. Deseamos escapar de la realidad (lo familiar), nos beneficiamos o no. En palabras del geógrafo Yi-Fu Tuan: “El ser humano es un animal con una indisposición congénita a aceptar la realidad como es. Tanto es así que, incluso antes de transformar, hacen algo extraordinario: ver lo que no hay.”

Sin embargo, cuando queremos escapar en grande abordamos un avión. La insularidad es cuestión para que nos diagnostiquen cotidianeidad aguda. Por eso es que el avión es más que un aparato mecánico para volar; en su interior higienizado y *dull* es donde nos resguardamos y nos condicionamos para la diáspora temporera (en ocasiones permanente) que envuelve el escape hacia otro destino. Limitan nuestro espacio personal, absorbemos la presión de volar a 30,000 pies en el aire y, en épocas recientes, nos coartan de ingerir alimentos (aunque este último posiblemente sea una bendición y no, una desdicha). Todo con el no intencionado propósito de preparar mente y cuerpo para el escape del territorio físico e imaginado de la habitualidad. De más está decir que, si ese traslado fuera instantáneo, tal vez no lo deseáramos tanto por ser tan común.

Como mencionaba, hay dos tipos de diásporas, la temporera y la permanente. Aunque muy distintas en sus implicaciones a largo plazo, trabajan, especialmente en el caso de Orlando, muy de la mano. El escape, al irse de viaje, envuelve el traerse como recuerdo el deseo de perpetuar la vacación y de idealizar lo foráneo, lo que resiste lo usual. Tal condición nos cala hondo. En ocasiones, nos hace insistir en que lo nuestro tiene que parecerse más a lo otro. En la mayoría de los casos, sin una razón contundente o específica. Queremos trasladar el escape a nuestra realidad común, sin darnos cuenta de que lo cancelamos al momento en que insistimos en insertarlo en la habitualidad. Orlando no es la excepción, lo anhelamos constantemente.

Si la primera ciudad en época moderna en basar intencionalmente su crecimiento en la fantasía y el deseo fue Las Vegas, la sigue, después Orlando. Esta última se distingue de la primera en que ya existía un poblado preestablecido. No obstante, no es hasta que llega Walt Disney a comprar terrenos a precio de hojalata, que se empieza a formular el territorio como lo conocemos hoy día. En época reciente, la ciudad que completa la trilogía de ciudades-fantasia lo es Dubai.

Dubai, al igual que Orlando, utiliza la tabula rasa como ideología para urbanizar. La anterior lo hace al retar el desierto, y la última, al condicionar los pantanos. Ambos emplean una infraestructura complejísima para contener y ocultar el estado natural y original del territorio. Orlando utiliza las charcas de retención para contener el agua y en sus parques temáticos emplea sistemas de bombeo para no delatar su fantasía anti-pantanosa.





Proyecto de Dubai Marina  
(siendo construido y en  
maqueta en un centro  
comercial) en Dubai, E.A.U.  
Dubai Marina Project (being  
constructed and in a model  
in a shopping mall) in Dubai,  
U.A.E.



En Dubai, por otro lado, la infraestructura de irrigación, para poder mantener los oasis de grama impecable en medio del desierto, es la que fomenta que la ciudad sea de las mayores derrochadoras de agua en el mundo. La tabula rasa para estos destinos no ocurre solo al momento de comenzar a edificar, sino que constantemente se perpetúa al emplear los sistemas para su preservación. Puerto Rico no es la excepción; vivimos en un constante estado de tabula rasa. Sin embargo, los andamiajes de apoyo para su operación y sustento son difundidos, en vez, por la retórica. Esto se evidencia en los “¡que mala está la cosa aquí!” y en “¡si esto fuera en Estados Unidos, no sería así!”. Cancelamos al momento que tenemos la expectativa de lo otro.

Volviendo a las ciudades en discusión, en Orlando y Dubai se engendra lo que planteo como el urbanismo del pretexto; la creación de una infraestructura urbana que profesa su razón de ser, precisamente, con la misma estética de su aparente funcionalidad. Se justifica porque sirve un propósito y lo representa sin alusiones más allá de su propio modelo; un real sin un origen (muy a lo Baudrillard), pero a su vez, la representación de ese supuesto origen (el arquetipo). En el caso de estas ciudades se dispersa el pretexto a través del territorio, pero se concentra la máxima expresión fantasiosa en puntos específicos; Orlando con Disney World, Dubai con los mega-proyectos residenciales y cívicos, lleno de malabarismos arquitectónicos. El pretexto queda instituido, en vez, como corolario en las autopistas, en los anuncios publicitarios que ostentan los edificios antes de que se construyan, en el mar de proyectos residenciales de acceso controlado y en el empleo lujurioso del verde como elemento mediador entre los instantes de supuesta urbanidad. En fin, el pretexto, por su naturaleza lingüística y, a su vez, como condición urbana, no puede operar solo. El pretexto es todo lo que le brinda un prólogo y el apoyo al intervalo fantasioso; al referente de la quimera.

No obstante, hay que recordar que el que escapa no anda en búsqueda ni de lo estrictamente análogo, ni de lo que lo diferencia. Aunque no se de cuenta, anda en búsqueda de lo que le rodea y con lo que se familiariza pero, de algún modo, lo siente distinto, mejorado; un superlativo. Sin embargo, la reacción no es inmediata. Cuando escapamos, nos diluimos en el pretexto, lo damos como un hecho. A primera instancia, insistimos en el superlativo pero, cuando regresamos del escape temporero, nos traemos e imaginamos solo el pretexto. Cuando alguien dice que le gusta Orlando, recalca que las autopistas son limpias y que las casas son grandes y bonitas. Sin embargo, nadie insiste en querer el Castillo de Cenicienta en medio de Hato Rey (o por lo menos, eso espero).

Paralelamente, es importante aclarar que al no existir los metarelatos tradicionales a los que respondía típicamente la ciudad, ella misma crea los superlativos para sustituir su ausencia. Los









“A primera instancia, insistimos en el superlativo, pero cuando regresamos del escape temporero nos traemos e imaginamos sólo el pretexto.”



superlativos se adjudican precisamente al contrastarlos con la cotidianidad del pretexto (lo habitual los resalta). El superlativo, además de imaginarse, es el aparato de venta dentro de la economía globalizada. Es el único mecanismo diferenciador que nos queda ante tanta competencia de escape. En Dubai es con la torre más alta y el *mall* más grande del mundo y con la ciudad hecha palma y, aunque el superlativo más importante de Orlando sería Disney, prefiero recalcar, sin aspiración preteriosa, que lo gestamos nosotros. Formulamos el superlativo de Orlando cuando lo deseamos y lo planteamos como alternativa para Puerto Rico; un simulacro del simulacro. Cuando regresamos de viaje, lo traemos para intentar continuar en estado de escape. Lo ideal para nosotros es inmortalizarlo y perpetuarlo en el territorio, no tan solo en nuestra mente. En ese sentido, todo el mundo es un diseñador de nuestra urbe.

Para entender tal condición, es importante recalcar que el pretexto es un espacio de una urbanidad supuestamente compleja, aunque siempre predeterminada. La infraestructura de apoyo, o sea el pretexto, se nutre de lo genérico para operar y subsistir. Se estandarizan los sistemas para su implementación, ya sea por pericia, o por reglamentación, y nuestro territorio termina siendo un producto de las regulaciones estatales y federales que lo codifican. Es por esto que en Puerto Rico, verdaderamente, el superlativo es el pretexto; un súper-pretexto. El "Supertubo" (el súper-pretexto potable), el Tren Urbano (el súper-pretexto en rieles) y el Puente Teodoro Moscoso y los puentes de autopista pintados (los súper-pretextos de alta velocidad) son todas las infraestructuras de soporte que se elevan a tal estado.

El hecho se exagera porque, en la actualidad, el diseño urbano descarta las posibilidades de emplear el deseo, lo cognitivo y la memoria (tal y como lo hace el ciudadano común) como posibles herramientas, al querer dogmatizar la práctica. Se pregona el uso mixto, la densificación y el rescate del centro y "la calle" como sinónimo de crear ciudad. El urbanismo no se hace con un manual de instrucciones. A cuenta de esto ya hace tiempo que la urbe nos dejó de hacer caso. Tal vez tenemos que revisar a Kevin Lynch, Aldo Rossi y a Robert Venturi, y dejar a un lado por un momento a Jane Jacobs. La mala interpretación y el uso de la planificación participativa de Jacobs debilitó la ciudad, dejándonos con un modelo que resulta y no que gesta, que suaviza y llega a compromisos pero que no imagina. El urbanismo de Jacobs no es un estilo "tradicional" ni un código fundamentalista de valores que se impone para que algo aparente ser "urbano"; es un modelo reaccionario que reevalúa los escenarios hegemónicos de la urbe.

A carencia de, la ciudad se gira y se torna hacia el que la visita, al que invierte en ella o, peor aún, al país del que proviene; una economía del deseo. Al igual, la experiencia del viajante se replica al momento que urbanizamos. Extrapolamos el

pretexto y no engendramos nuestra propia narrativa. Es entonces cuando nos vestimos de Miami, con los proyectos residenciales de lujo; de Nueva York, con nuestra insistencia de aparentar ser "metropolitanos"; de Madrid y Barcelona, con las plazas duras y de Orlando y Dubai, con el infinito apetito de escapar. Ahí es cuando deseamos la casa de urbanización con *chandelier* y embelequitos 4 de julio, el *look lounge* en la barra de la esquina, los *skylines*, los acuarios, los centros de convenciones, los *waterfronts*, y los coliseos.

Ciertamente, nos gusta ver el Otro en nosotros. ||||

Carretera pintada en Guaynabo, Puerto Rico  
Painted highway in Guaynabo, Puerto Rico





**“El hecho se exagera porque, en la actualidad, el diseño urbano descarta las posibilidades de emplear el deseo, lo cognitivo y la memoria (tal y como lo hace el ciudadano común) como posibles herramientas, al querer dogmatizar la práctica.”**





## A Brief Escape to the Urbanism of the Super-Pretext

At the same time that the young Dutch woman asked me for the boarding pass she asked me: "are you traveling for business or pleasure?" I replied that neither, that I was going with a group of students to investigate the urbanism of the city in question. Consequently, her nice but artificial tone changed to an inquisitive and direct one: "I don't understand, if that is so, wouldn't you be going to Paris, or Rome? Please, step to the right to inspect your suitcase."

This happened because I was going to the United Arab Emirates, specifically to the city of Dubai. The young woman's discomfort, besides being the product of the recent controversy about the purchase of the American ports by investors coming from this city-emirate, was produced by the dislocation of the architect and the urbanist with the discourse of these new expansive and highly capitalized territories.

A year later I am preparing to carry on another trip with the University. This time not as far, but just as controversial. A student stops me and with some scruples asks me: "Why are you going there? I don't know, it sounds boring. Imagine, even my aunt lives there! Why don't you go to Barcelona instead?"

This time we were going to Orlando. Suddenly we felt like Robert Venturi more than thirty years ago when, surprising his colleagues he insisted there was something to learn from Las Vegas. History repeats itself, and we are so immersed in our self-imposed creeds that we disregard any subject that seems too common. To the architect, any routine condition is a foreign thing to his aesthetic and esterized values.

We constantly want to avoid cotidianity and that is why we live in a constant escape. Our lives are frequently interrupted by temporary transfers of the usual be it physical or imagined. We escape to the country, to the city, to the mall or to the beach; nevertheless, we usually do it through wishful thinking. We are usually imagining what we are not and what we do not have. We wish to escape reality (familiarity), whether it benefits us or not. In the words of the geographer Yi-Fu Tuan; "The human being is an animal with the inborn indisposition to accept reality as is. This is so much so, that even before transforming it, he does something extraordinary: see what is not there".



However, when we want to really escape we board a plane. Insularity is reason enough to diagnose us with acute cotidianity. That is why the plane is more than a mechanic contraption to fly, in its hygienic and dull interior is where we take cover and condition ourselves for the temporary (sometimes permanent) diaspora that is part of the escape to another destination. It limits our personal space, we absorb the pressure of flying over 30,000 feet in the air and in recent times, we are restricted from consuming food (even though this might be a blessing, not a misfortune.) All this with the non intended purpose of preparing mind and body to escape from the physical and imagined territory of what is usual. We do not need to say that if this transfer was instantaneous we would not desire it so much, for being so common.

As I mentioned before, there are two kinds of diasporas, the temporary and the permanent. Even though they are very different in its implications in the long run, they work, especially in Orlando's case, hand in hand. The escape when traveling involves bringing back the memory of the wish to perpetuate the vacation and idealize what is foreign, that which resists the usual. That condition affects us deeply, in many occasions it makes us insist that what we have has to resemble the other more. In most cases, without a definite or convincing reason. We want to transfer the escape to our common reality, without realizing that we cancel it the moment we insist in inserting the experience into the

usual. Orlando is not the exception, we yearn for it constantly.

If the first city in these modern times to intentionally base its growth on fantasy and desire was Las Vegas, the next one was Orlando. This last one differentiates from the first one in that there already was an established town; however, it is not until Walt Disney starts purchasing lots at bargain prices that the territory we know today gets formulated. Most recently, the city that completes the trilogy of fantasy cities is Dubai.

Dubai, as well as Orlando, uses the 'clean slate' as its urbanizing ideology. The former did it by defying the desert, and the last one by conditioning the swamps. Both employ a very complex infrastructure to contain and hide the natural and original state of the territory. Orlando utilizes the retention ponds to contain the water and in its theme parks uses pumping systems to assure its anti-swamp fantasy will not be exposed. In Dubai, on the other hand, the irrigation infrastructure, in order to maintain impeccable the grass oasis in the middle of the desert, is what makes the city one of the biggest water squanderers in the world. The clean slate for these destinies does not occur only at the moment when they begin building, but is constantly perpetuated while employing its preservation systems. Puerto Rico is not the exception; we live in a constant clean slate state. Nevertheless, the supportive scaffoldings for its operation and sustainability are disseminated instead by rhetoric. We can evidence it in the "look how bad things are here!" and in "if we

were in the United States it would not be like this!" We cancel the moment we have the expectations of the other.

Going back to the cities in discussion, Orlando and Dubai generate what I present as the urbanism of the pretext; the creation of an urban infrastructure that professes its reason for being precisely in the aesthetics itself of its apparent functionality. It is justified because it serves a purpose and represents it with no further allusion than its own model; a reality without an origin (so like Baudrillard), but at the same time, the representation of that supposed origin (the archetype). In the case of these cities the pretext disperses through the territory but concentrates its utmost fantastic expression in specific points, Orlando with Disney World, Dubai with the mega-residential and civil projects full of architectonic juggling. The pretext is instituted, instead, as an addition to the highways, in the advertising boasted by the buildings before being constructed, in the ocean of residential projects with controlled access and in the luxurious use of green spaces as a mediating element in the instants of supposed urbanity. In short, the pretext for its linguistic nature and, at the same time, its urban condition, can not operate alone. The pretext is everything a prologue does and the support for the fantastic interval; referring to the illusion.

Nevertheless, we need to remember that he who escapes is not searching for neither the strictly analogous, or for what is different. Even though he does not realize it, he is searching for what surrounds him and what he is familiar with but that in some way feels different, better, in a superlative way. However, the reaction is not immediate. When we escape we do not dilute the pretext, we take it for granted. At first, we insist on the superlative, but when we return from the temporary escape we bring with us or imagine only the pretext. When someone says that they like Orlando they point out that the expressways are clean and that the houses are big and beautiful, however, nobody insists on wanting Cinderella's castle in the middle of Hato Rey (or so I hope).

In parallel, it is important to clarify that when the traditional meta-  
tales the city typically responds to do not exist, the city itself creates the superlatives to substitute its absence. The superlatives are adjudicated precisely when you

contrast them with the cotidianity of the pretext (the usual makes it stand out). The superlative, besides being imagined, is the sales device within a globalized economy. It is the only differentiating mechanism we have left in the presence of so much escape competition. In Dubai it is the highest tower and the world's largest mall and the palm city, and even though the most important superlative in Orlando would be Disney, I prefer to point out, without aspiration to being pretentious, that we develop it ourselves. We formulate the superlative of Orlando when we wish it and we set it as the alternative for Puerto Rico, a simulation of the simulation. When we return from traveling we bring it with us to try to continue our state of escape. The ideal would be to immortalize it and perpetuate it in the territory, not only in our minds. In this sense, everyone is a designer of the city.

To understand this condition it is important to point out that the pretext is a space in a supposedly complex, though well determined, urbanity. The supporting infrastructure, meaning, the pretext, is nourished by the generic to operate and to subsist. Systems are standardized for implementation, be it by expertise or regulation, and our territory ends up being the product of the state and federal regulations that codify it. It is for this reason that in Puerto Rico, truly, the superlative is the pretext; a super-pretext. The "Superaqueduct" (the drinkable super-pretext), the "Tren Urbano" (the super-pretext on rails) and the Teodoro Moscoso Bridge and the painted bridges on the expressway (the high speed super-pretexts) are all the support infrastructures that are elevated to that state.

The fact is exacerbated because at this moment urban design discards the possibility of employing the desired, the cognitive and the memory (as done by the common citizen) as possible tools when trying to dogmatize practice. A mixed use is proclaimed, the densification and the rescue of the center and "the street" as synonymous to creating a city. Urbanism is not made with an instructions manual, the city stopped minding us a long time ago. Maybe we have to reexamine Kevin Lynch, Aldo Rossi and Robert Venturi, and leave aside Jane Jacobs for the moment. A bad interpretation and use of Jacobs' participative planification weakened the city, leaving us with a model that results and does not beget, that softens and comes

to term but does not imagine. Jacobs' urbanism is not a "traditional" style nor a fundamentalist code of values that imposes itself so something seems to be "urban"; it is a reactionary model that reevaluates the hegemonic sceneries of the city.

For lack of, the city is twisted and turned towards the visitor, the investor, or worse yet, the country he comes from; an economy of desire. The same way, the experience of the traveler is replicated the moment we urbanize. We extrapolate the pretext and do not generate our own narrative. It is then that we dress like Miami with the luxurious residential projects, like New York with our insistence of seeming "metropolitan", like Madrid and Barcelona with their squares and like Orlando and Dubai with the infinite appetite for escaping. It is then that we wish for a house in a suburb with a chandelier and 4th of July embellishments, the lounge look at the corner's bar, the skylines, the aquariums, convention centers, waterfronts and coliseums.

Certainly, we like to see the Other in us.!!!